

CONCURSO LITERARIO CIUDAD DE ARNEDO

POESÍA Y RELATO BREVE

GANADORES 2025



ARNEDO
AYUNTAMIENTO



La Rioja

Premio del Concurso Literario Ciudad de Arnedo. Categoría Relato.

RUNAS QUECHUAS

A Jaime Salvador le espantaba oír hablar de muertos, pero a mí me parecía de lo más normal. En casa teníamos por costumbre morirnos un par de veces a la semana. Si alguien no aparecía, le íbamos a buscar al altar de los muertos, encendíamos un par de velas más, a todas las que ya alumbraban las calaveras y los platos de comida y, dependiendo de lo que hubiera dejado por hacer, le pegábamos un grito para que regresara.

La primera que desobedeció la orden fue la abuela. De tanto estar sentada en la mecedora, decía que se le había olvidado respirar y que cuando tal cosa ocurría, sobrevenía la muerte. Nosotros le hablábamos de cuan equivocada estaba, pero ella era testaruda como una mula. Que ya había acarreado suficiente carga sobre sus espaldas y que sus ojos se le habían vuelto transparentes. Sólo de vez en cuando regresaba a la hora de la comida para probar un bocado de frijoles y dejar sobre la mesa un puñado de todo eso que llevaba en la cabeza. Quedaba allí, amontonado junto a la rebanada de pan y los trozos de cebolla. Como un efluvio de los vapores del guiso que salían de la olla, nos revolvía los jugos del estómago. Pero ninguno le hacíamos ascos después, porque lo que traía la abuela era demasiado valioso. Jamás a nadie se nos ocurrió arrojarlo a la basura. ¿Cómo habríamos podido?

A veces, venía con leyenda. Para Ricardito. O para Aguilar senior. Pocas veces para Isabela Margarita. O para Adelina Gabriela.

En tales ocasiones, el aludido tomaba el pliego de papel con cuidado de que no se le deshojaran las palabras. Marchaba a solas para memorizar el mensaje de la abuela, con la prisa añadida, porque una vez se habían deslizado los ojos por las runas quechuas, caían en migas y ya no había forma de recuperar.

Fuera de casa nada decíamos. A mí me aleccionaban para guardar silencio. Y ni una palabra salía de mi boca, no fuera cosa que a la abuela le diera por no regresar. Que mejor era de vez en cuando que nunca.

Yo de momento no me había muerto. Me preguntaba qué había que hacer para morirse y resucitar, pero ninguno de los mayores tenía una respuesta a mi pregunta. Que llevaba demasiados por qué y no tenían tiempo para tanta tontería.

Que por qué la luna no se cae. Que si de verdad vamos al cielo. Que si la abuela me mandará un mensaje. Y con tanto por qué, me quedaba sin saber el porqué de las cosas.

Así que la primera vez que llegó algo para mí, fue de mi tía Adelina Gabriela que de tan enfadada que había llegado a casa se había pasado dos días muerta. Y entre tanto, me dejó en el altarcico, dentro del cuenco de las galletas, una hoja doblada en dos que decía: "Como vuelvas a tocar mis pantaletas, el que te mueres eres tú"

Antes de que nadie se enterara, prendí el papel con el fuego de las velas y eché las cenizas en el jardín, sin saber que ese acto infantil acarrearía consecuencias.

En verdad, lo que había hecho había sido probarme sus pantaletas. Me gustaban más que mis gayumbos. Y tía Adelina Gabriela se había horrorizado con ese acto de perversión. No podía admitir que a mí me gustaran las calcetas, enaguas y medios fondos para jugar y que en el espejo me hubiera parecido guapo.

La tía regresó con buen color de piel, como si en lugar de morirse, hubiera estado en la playa de Cozumel, pero nadie dijimos nada porque no nos tocaba juzgar los actos ajenos. Se sentó en la mesa justo antes de la bendición y cenamos como si nada. Ni siquiera me miró una sola vez. De haberlo hecho, no sólo se le habría encendido la piel, sino que yo me habría muerto de vergüenza. Pero la muerte parecía que había traído consigo un borrón y cuenta nueva. Como si no hubiera pasado nada y yo tuviera una segunda oportunidad.

Yo marché a la escuela al día siguiente. Tenía examen de Lengua y me había aprendido las conjugaciones de los verbos, los prefijos y sufijos, las normas de puntuación y la comprensión lectora. Cargué mi mochila sobre los hombros. Y enfilé el camino como todas las mañanas pensando que, si suspendía, lo mejor era morirse. Se lo dije a Jaime Salvador y me llamó idiota. Que nadie se moría por suspender un examen. Ni tan siquiera por sacar un cinco. Y que no había que hacer chanza de algo tan serio.

Era cierto que, aunque en casa teníamos por costumbre morirnos, esas muertes no arreglaban los problemas. Seguía faltando el pan en la mesa. A veces no llegaba la luz para hacer los deberes de la noche. Mi padre llegaba alterado y hablaba con mi madre de algo parecido a revolución y nos vas a traer la ruina.

Pero yo jugaba con las peonzas, observaba a mi hermana Isabela Margarita tejer los ponchos para el invierno, me acercaba a mi madre para robarle un abrazo y dejaba que pasaran las semanas.

Sin darme cuenta apenas llegó la primavera y con ella, brotaron las nochebuenas, magnolias, zapatilla de Venus y el peyote con todo su esplendor.

Fuera de temporada era raro ver al cempasúchil con sus botones amarillos, más típico de la festividad de todos los difuntos que de los alegres días del abril. Me pareció estúpido creer que de las cenizas de la nota de tía Adelina Gabriela hubiera nacido la flor, pero la coincidencia no podía ser más exacta.

Pensé que si algo iba mal, siempre podía morirme, como hacían todos. Y que si era lunes, mejor que mejor.

Salvo a mí, a nadie le preocupó la extraña flor que había venido a hospedarse en nuestro jardín. Iba creciendo cada vez más deprisa y ya sobresalía de las macetas. Mi madre las regaba a todas por igual. No creo que se parara a hablarles porque si soplaba el aire, el agua se evaporaba rápido y si hacía calima había que atenderlas más a menudo para que no se murieran de sed.

Del jardín las flores llegaban al altar. Y para cuando llegó el cempasúchil con su olor a muerto, el que se murió fue mi padre. Rara vez lo hacía él. Marchaba, eso sí, a trabajar desde primera hora de la mañana y si no regresaba en hora, madre decía que no había que preocuparse. En ocasiones faltaba una semana entera y llegaba cansado y con un fajo de billetes extra. Pero morirse, que yo recordara, no se había muerto todavía.

Mientras estaba muerto llegó de la policía federal un suboficial, un policía primero y un inspector con unas hojas de papel parecidas a las que dejaba la abuela. Querían saber dónde estaba padre y si había pasado la noche en casa. Íbamos a decir que se murió, pero como eso lo hacíamos a menudo, no sabíamos si era suficiente coartada. Como mi madre sacó el pañuelo para enjugarse las lágrimas, en el altar había varias velas encendidas y sobre la mesa teníamos un gran plato de cebolla cortada a rebanadas, nos dieron el pésame. Que lamentaban el error. Que lo más seguro se habían equivocado de municipalidad. Que la Calle Agonías también estaba en el Distrito Catorce, en el cruce de la plaza Veracruz. Que la distribución de los barrios era idéntica.

Diciendo todo eso, atravesaron el jardín. Al cempasúchil se le quebró el tallo desde la raíz. Un mal paso de uno de los agentes que con la suela de una bota del número cuarenta y cinco la había partido en dos. Supe que mi padre no volvería.

Era imposible que pudiera recuperarse de semejante accidente. ¿Partido en dos? ¿Con las piernas quebradas?

Nos llegó el grito. Evidentemente, los guardias no pudieron oírlo. En cuanto marcharon, nos acercamos al altar, por si había posibilidad de que padre reculara por su propio pie.

Pero como no lo hacía, fue madre la que decidió morirse. Atravesar la frontera para traer a padre de regreso. Tía Adelina Gabriela no paraba de decir que una cosa era morirse y otra marchar de mala manera. Que no podía salir nada bueno de todo eso. Habló de peligro pero madre no la quiso escuchar. Que ella se había casado con padre para siempre. Para quererlo en la salud y en la enfermedad y que la muerte no iba a separarlos nunca. Que si él no pensaba regresar por propia voluntad, ella marchaba a traerlo de vuelta de una oreja.

Yo era demasiado pequeño todavía para entender qué era la muerte. Si era posible marchar y venir cuando a uno le viniera en gana. Nada sabía sobre los desafíos divinos y la mala suerte.

Cinco días después, cansados de rezar de rodillas ante el altar, tía Adelina Gabriela me dijo que mis padres habían muerto. ¿Muertos, muertos? - pregunté. Y ella dijo que aunque alguna vez regresaran a hablar conmigo como hacía la abuela, tenía que acostumbrarme a no verlos más. Que cinco días eran demasiados para que ocurriera como otras veces.

Pero como yo no los había visto muertos y no teníamos sus cuerpos para enterrarlos, optó por decirme que estaban de viaje. Un viaje eterno para el que teníamos y no teníamos explicación.

Tía Adelina Gabriela, no obstante, me vistió de luto. Colocó los crespones negros en la puerta. Preparó la fiesta de funeral. Y pregonó por todo el barrio que me había quedado huérfano. Que mis padres habían sufrido un accidente de coche y que ya no iban a regresar.

Al altar de los muertos ni siquiera volvía la abuela. Parecía como si todos se hubieran ido para siempre. Nos las apañábamos bien. Mi hermana Isabela Margarita trabajaba tejiendo y tía Adelina Gabriela pasaba las mañanas en la ventanilla de la Oficina de Correos donde le pagaban un puñado de pesos cada mes.

Hasta mi quinceavo cumpleaños no recibí las cuarenta y ocho cartas que mi padre escondió antes de atravesar la frontera de México. Nos pedía perdón por el abandono y aseguraba que solo un amor incondicional e infinito le había llevado a

fingir la muerte, con la esperanza de que algún día pudiéramos reencontrarnos todos en la ciudad de San Francisco, del estado de California.

"Las mañanitas" de Vicente Fernández me llegaron de corrido, como si en lugar de quince, cumpliera de repente cuarenta y dos, porque me sentí viejo de golpe.

Tan viejo que no me veía con fuerza para seguirlo.

En el altar de los muertos la abuela no estaba de acuerdo conmigo. Me decía que ser adulto y crecer tenía su parte de tragedia. Y que por nada del mundo podía perderme la fiesta del quinceañero.

Sobre todo porque mi madre me cogió del brazo y mi padre me entregó las quince rosas blancas antes de empezar el baile.

Nadie tenía por qué saber si nosotros teníamos por costumbre morirnos y resucitar un par de veces a la semana o cada varios años.

Callé, como siempre. Ahora que era casi mayor de edad, ni en broma iba a explicar qué era eso de la muerte.

Lourdes Aso Torralba.

Accésit del Concurso Literario Ciudad de Arnedo.

Categoría Relato.

UNA MADRE

Ya no queda comida, madre. No sé qué voy a hacer para ofrecerle algo que le abra el apetito a ver si mejora y es capaz de incorporarse. Ya lleva días sin levantarse de la cama. Quedaba un conejo y lo he matado hoy. Estaba tan flaco que se estaba secando en vida. En este lugar no han resistido ni la alfalfa ni la hierba forrajera tan abundante hace unos años. El pobre animal dará poco jugo, pero algo enriquecerá la sopa. Esta noche no ha caído nada en los cepos. Habrá que estirar la carne para unas cuantas veces, engañar nuestros estómagos con estos comestibles a los que no se les puede llamar otra cosa y esperar, mientras tanto, si deja de asfixiarnos esta fragua de Vulcano que surge cada día y regresa algún pajarillo a la zona.

Me he dado una vuelta por los alrededores. No se ven pisadas de ningún animal; ni jabalíes ni corzos. Tampoco merodean gatos ni perros por el pueblo. Es como si hubieran huido a otra zona. No me extraña, aquí no podrían subsistir. ¿De qué se iban a alimentar? En las noches no se oye croar a las ranas en la acequia. A nosotras porque se nos ha hecho el vientre a no comer y tenemos la tripa hinchada por la falta de alimentos en condiciones. Aguantamos porque es lo único que podemos hacer. A veces, se me hace la boca agua de recordar sabores que pensaba que tenía olvidados. ¿Recuerda usted la tersura y el aroma de las manzanas rojas?

Ya no queda trigo, madre. Los escasos granos que quedaban en un saco escondido en el cobertizo han sido pasto de las ratas y de los gorgojos. Con lo poco que he podido recoger haré un pan ácimo. Mi memoria invoca con ansiedad los bollos de azúcar que hacíamos para Navidad. Extraño el comer fruta; sandías frescas e higos en verano, naranjas en el invierno, peras en primavera y en el otoño, castañas. La colmena que había allá arriba, donde los almendros, está vacía, no se oye ningún zumbido en kilómetros a la redonda; las abejas han debido irse a otra parte donde haya flores y no espinas, néctar y no rastrojos. Echo de menos unas texturas que me hagan olvidar por un momento el caldo caliente insípido y sin sustancia que es lo único que ingerimos desde hace días, por no decir meses. La lechuga tierna. El tomate recién cogido de la mata. El pimiento asado. Lo sueño y me despierto salivando. Abro los ojos y miro mis manos. Nunca tienen nada, siguen vacías. Madre, ahora, lo poco que hay, me sabe a tierra seca, a tristeza injertada en las venas.

No sé dónde buscar algo que nos sirva de alimento. Otros años sembrábamos habas, patatas y zanahorias en nuestro pequeño huerto. Ahora, no hay simiente. Se agostó con el calor o se hastió de una tierra yerma, regada con sangre resignada, con sangre inconformista, con sangre, cuando es bien sabido que la tierra solo necesita agua. ¿Recuerda dónde estaba la chopera antes de que la hicéramos troncos para calentarnos? Desenterré raíces de unas plantas de allí para cocerlas, pero amargaban. Cogí peces de lo que antes llamábamos río y ahora es una charca inmunda. Era como comer lodo con espinas. Sequé unas plantas de esas que se ven por todos lados, porque la manzanilla y la menta hace tiempo que solo habitan en mi recuerdo. Hice una infusión a ver si calmaba esa gazuza decrépita que me corre. Al cabo de dos horas vomité lo poco que tenía en el estómago y tuve retortijones toda la noche. Ya sé por qué son las únicas que abundan.

Ya no quedo yo, madre. Al ir al arroyo he visto mi imagen reflejada entre la poca agua que llevaba. Me estoy tornando invisible; mis mejillas, hundidas; mis ojos, dos pozos insondables que buscan respuestas además de alimento. Tengo los labios poblados de pellejos y abrasiones por este sol calcinante. No me reconozco. Mi melena, en otro tiempo larga, está convertida en una estropajo enredado y cortado a trasquilones ahora. ¿Esos harapos visto? Me he tenido que mirar después a mí misma, hacia abajo para comprobar que sí, que ese ser extraño, con mirada huidiza como de raposo soy yo. Hace meses que duermo con la ropa puesta, que vivo con ella. No sé desde cuándo no siento el agua sobre mí. Hace tiempo que no me froto la roña que me oscurece la piel. Trochas interminables como las excavadas en las montañas por las bestias tatúan mi cuerpo cuando resudo. Si lloviera... si terminara la lucha...

Ya no quedan estrellas, madre. Miro al cielo para saber por dónde se fueron padre y los hermanos. Dijeron que, para el norte, que irían al frente. No veo nada, ni la luna sale siquiera. Padre y los hermanos ya deben de estar muertos. ¿Percibió en el pecho un día una sensación de apretura y luego un sentimiento de soledad intenso, inmenso, mayor que este que tenemos ahora? Yo lo sentí, y supe que habían sido ellos, que algo les había pasado. Pero aquí no llegan las noticias, aquí nunca sabremos en qué barranco les pegaron un tiro o a qué fosa fueron arrojados.

Ya no quedan libros, madre. Ni hojas de papel para escribir y contar todo esto que estamos sufriendo. ¿Recordaremos lo que hemos pasado? O nuestra memoria, cobarde y traicionera, ¿quitará hierro al padecimiento que tenemos y realzará unos pocos instantes felices? Los libros con los que padre y usted nos enseñaron a leer los tuve que quemar, el invierno pasado fue muy frío. Si un día tuviera descendientes les recitaré todos los poemas que entre lágrimas memoricé antes de encender con ellos la lumbre para cocer lo que hubiera de comida.

Ya no queda nadie, madre. Los pocos que aguantaban se murieron o los mataron. Alguno huyó para el monte, pero oí disparos y quizá tampoco estén vivos. ¿Por qué este conflicto ha acabado con todo y aun así yo quiero seguir viviendo? Ni siquiera podré contarles a mis hijos lo que hice en tiempos de combate porque no quedarán hombres que preñen mi cuerpo; no habrá ancianos que cuenten cuentos a los pequeños mientras las pocas madres que hayan resistido hacen comida para toda la familia. ¿Algún día volverá a crecer verdura en el huerto y no solo malezas? ¿Volverán los animales a correr por el bosque, a cantar los pájaros en el cielo y beberemos leche de oveja de nuevo? ¿Recuerda usted, madre, el sabor del calostro de las cabras recién paridas? ¿Y los flanes que se cuajaban encima del fogón?

Ya no queda fe, madre. Ya no sé si hay dios o si se ha olvidado de nosotros. ¿Nosotros nos hemos olvidado de él? ¿Por qué hace que los hermanos se maten? Este pueblo era pequeño y estaba alejado de todo, pero de vez en cuando venían sacerdotes y oficiaban misa. Teníamos una pequeña iglesia. Una vez empezado el conflicto no aparecieron más. ¿Cómo mantener la fe en tiempos difíciles? No hallábamos refugio en la oración. Nuestra comunidad fue desapareciendo, esquilmando por hambrunas y pelotones de ajusticiamiento. La fe también quedó acribillada a balazos en un paredón.

¿Madre? ¿Madre? ¡MADRE!

¿Usted también me deja sola? Toco sus frías manos, encogidas, mermadas, yertas ya. ¿Por qué me habré alejado tanto? Debería haberle hecho primero su caldo, mirarle las llagas, ahuecarle el colchón e intentar que comiese algo. Ahora su cuerpo ya no sufre. La pena y el quebranto, la falta de comida y la incertidumbre han minado su resistencia y hay un nuevo corazón que ha dejado de latir. Veo las livideces conquistando su territorio y al calor abandonar la poca cosa en que se ha convertido su organismo.

Qué haré sin su cálido aliento, el cual bastaba para entibiarne la mejilla y templarme el ánimo; con él podría sobrevivir en este páramo desierto. No me ha dejado hábito almacenado para que yo pueda tirar hacia delante. Abandonarme no es opción, aunque sea lo que realmente deseo. Estoy cansada de que no quede nadie más que yo, estoy cansada de inventarme recetas para poder comer algo más que aire. Estoy cansada, muy cansada. Es posible que los tiroteos que escuchamos ayer y el estruendo tan grande sea premonitorio de un cambio que se avecina. Quizá haya terminado la guerra.

Yo, madre, mientras tanto, haré aquello que me insistió tantas veces que hiciera y que, llorando, prometí que haría: alimentarme de usted. Nunca creí que llegara la ocasión y ahora estoy asimilando una promesa hecha para dejarla

tranquila y que jamás pensé que tuviera que llevar a cabo. Tampoco podía imaginar que algún día se terminaría la comida, el agua, los animales... Bien es cierto que ya una vez obtuve alimento de su cuerpo en forma de leche cuando nací; sé que no hay ninguna demostración de amor de usted hacia mí mejor que esta, ahora que el alma ya ha dejado vacía su morada, que yo sacie mi hambre con la carcasa terrenal que queda.

Y así, hijos míos, es como empecé de cero. Un día oí ladrar a un perro. Miré al horizonte y detrás de él venía un hombre. Él había venido de lejos a luchar por un ideal y trajo consigo la noticia: la guerra había terminado. Traía, además de buenas nuevas, algo de alimento y, sobre todo, esperanza y compañía para luchar contra la soledad circundante. Pensé que me alegraría y, sin embargo, no era capaz de expresar nada. Hasta esa emoción parecía haberse escindido de mi escaso catálogo. Poco después llegó la lluvia. El hombre preñó mi cuerpo. La lluvia nos lavó. La suciedad incrustada en mi piel desaparecía al mismo ritmo que la coraza que me corroía el corazón. La nueva vida que me alumbraba desde adentro ensanchó mi vientre. El arroyo pudo volver a ser llamado río. El hombre traía libros en otra lengua y papeles y pluma para escribir. Anoté, además de esta historia, aquellos poemas que había memorizado durante el invierno. Él aprendió los míos, yo aprendí los suyos.

Vinieron más mujeres y más hombres, y entre los pocos que estábamos formamos un nuevo poblado, mayor incluso que nuestro pueblo de antes del conflicto. Y ahora los niños corretean felices, tenemos ovejas y gallinas en el corral, caballos que labran nuestras tierras y aves que surcan el infinito azul. Y todo porque ya no quedaba nada más que una madre.

Diana Herrero Gil de Muro.

Premio del Concurso Literario Ciudad de Arnedo.
Categoría Poesía.

ALGO LE FALTA AL MUNDO

Ella hacía castillos con pompas de jabón.
Reparaba el mal tiempo.
Le sostenía las alas a septiembre.

Confeccionaba almohadas para ahuyentar el miedo
y suspiros de pan con intenciones.
Aderezaba el luto con sueños de colores.
Tejía comprensiones en las insensateces.

Tenía en la mirada la juventud eterna
y en la piel el prodigo del aire.

Enlataba silencios para abrirlos en el momento justo.
Cocinaba las tardes en agua azucarada.

Guardaba en la despensa remanentes de hastío
y sobras de renuncias
por si le hicieran falta cualquier día.

Nunca tiraba nada: la casa era un compendio
de cajas de galletas con tuercas y botones,
carpetas con papeles de variado pelaje,
cajones y anaqueles llenos de *porsiacasos*.

Eran sus herramientas la lezna de agujerear penurias
y el escoplo
de sacarle virutas a la vida.

Doblegaba el siniestro deambular de las sombras.
Proyectaba horizontes.
Disolvía emergencias.

Esparcía a su paso semillas de indulgencia,
enojos diminutos que duraban un lapso (rencor cero),
paciencias infinitas.

Nunca supo lo que era la pereza.
Quejarse, arrepentirse, le eran desconocidos.

De tan discreta parecía invisible
y la prudencia le colmaba los labios.

Tenía por bandera el respeto a lo distinto,
el hacer dobladillo a la existencia,
el regar las mañanas con planes y esperanzas.

Desde que ella se fue no existen los matices.
Desde que ella no está
algo le falta al mundo.

Yose Álvarez-Mesa

Accésit del Concurso Literario Ciudad de Arnedo.

Categoría Poesía.

NADERÍAS

¿Quién juzga, quien pone precio,
quién dictamina qué es nadería y qué valioso?
¿Es que lo lujoso es caro y lo discreto deshecho?
Guardamos lo preciado en cofres blindados
y le buscamos tronos.
Para lo humilde, cualquier caja de cartón es digna
y no importa en qué desván lo perdamos.

No pueden definirse como inútiles
las naderías dispersas por nuestra historia,
si son legados impresos de sentir,
de ingenio, de destreza, de tiempo,
si son testigos presenciales de pactos de cariño,
recordatorios de cansancios con metas triunfantes,
medallas de papel con el mismo esfuerzo que las de oro.
Tablas que recuerdan las cruces que cargamos en silencio,
golosinas saciantes de amargas penas,
discretas piedras desprendidas de emblemáticos monumentos,
mensajes en tarjetas que anticiparon besos.

Que nadie ose despreciar las casi nadas commovedoras,
aunque duerman un letargo,
pero capaces de despertar a la voz de gallo la pasión,
descorrer los cerrojos que apresan el pasado,
hacer brotar lágrimas de ojos nostálgicos
mientras tiemblan las manos al contacto
más emocionadas que los ojos.

Que nadie se crea rey maltratador de súbditos;
que nadie desde arriba desprecie a sus iguales;
que nadie pise hormigas
o cargue pesos a la espalda de los otros.

¿Por qué será que los pequeños ven cercano el cielo
y lejos los poderosos?

Inmaculada Sáenz Martínez-Losa



biblioteca
pública
arnedo

SERVICIO DE PRÉSTAMO

Con el carné de lector

3 libros + 3 revistas por 15 días renovables
2 libros electrónicos por 21 días renovables
2 CD + 2 DVD + 1 CD-ROM por 7 días no
renovables.

HORARIO: de lunes a viernes de 15:30 a 20:30 h.
Calle Santiago Milla 18 Telf: 941383815
www.arnedo.com
<https://bibliotecas.larioja.org/arnedo>

